

primado de la Iglesia romana. Todos los apóstoles salidos de en medio de los Anglo-Sajones y Francos solicitan directamente de la Santa Sede su mision, y ponen sus rebaños bajo la jurisdiccion inmediata del papa; los misioneros venidos del Oriente se dirigen igualmente á Roma para todas las cuestiones graves que se presentan y se someten á su decision. Parece que la Providencia haya querido que la Iglesia griega misma pronunciase su decadencia y condenacion á la faz del mundo entero algunos años antes de su cisma.

13. Estos felices acontecimientos consolaron los últimos días del pontificado de san Nicolás el Grande, que finó el 13 de noviembre de 867. Era hombre de elevada capacidad y de enérgica resolucion: sus trabajos fueron inmensos, pues que en lo interior tuvo que luchar contra las desgracias de los tiempos para proveer al socorro de los pobres y velar por la seguridad de Roma, y á lo exterior reprimir las tentativas de los cismáticos, justificar la Iglesia de sus calumnias, protestar contra los extravíos de los reyes sin animar á los pueblos á la rebelion. San Nicolás marchó de pié firme al través de tantos escollos. En medio de sus trabajos halló aun tiempo para responder á los que de todas partes le consultaban. Hay de él una coleccion de cien cartas y epístolas ⁽¹⁾ que muestran la extension y acierto de sus talentos. Todo el universo estuvo de luto á su muerte; y solo el crimen sonreia en la sombra, mas muy pronto se desvanecieron las esperanzas de los malvados.

§ II. PONTIFICADO DE ADRIANO II (13 de noviembre de 867-25 de noviembre de 872).

14. La muerte de san Nicolás el Grande habia hecho concebir á Lotario II la culpable esperanza de ver legitimado su adulterio. En una de sus últimas cartas el valeroso pontífice se expresaba así: « Se nos hace saber que Lotario intenta

(1) Las solas que han llegado hasta nosotros. Anastasio el Bibliotecario asegura haber reunido mas de doscientas, y dice que su coleccion no era ni con mucho completa.

» venir á Roma, á pesar de que se lo hemos prohibido tantas
» veces. Disuadidle de su intento, y decidle que herido con el
» anatema de la Iglesia, no puede ser recibido en Roma con
» los honores debidos á su rango y los cuales no tiene que
» esperar sino despues de haber cumplido sus promesas, tantas
» veces quebrantadas.» La situacion de los ánimos era crítica. Le habia sucedido á Nicolás I lo que á todos los hombres que ejercen el poder con energía: hacerse otros tantos enemigos como habia tenido que reprimir en sus desórdenes. Al contrario, eran sus partidarios declarados cuantos habian sido ministros de su justicia ó habian ejercido cargos durante su reinado. Los unos lo esperaban todo de un nuevo papa, los otros temian no fuesen comprometidos los actos y memoria de tan gran pontífice: mas los sucesos no justificaron ni estos temores ni aquellas esperanzas. Un anciano de setenta y seis años, Adriano II, el hombre mas pacífico y agradable á todos, fué conducido en triunfo por el clero, senado y pueblo al palacio de Letran, y consagrado, con consentimiento del emperador Luis II, el 13 de noviembre de 867. Era un cordero sucediendo á un leon; mas, por maravilloso designio de la Providencia, la mansedumbre de Adriano II en nada habia de comprometer la herencia del inflexible Nicolás I. Señalaron el advenimiento del nuevo papá varios actos de clemencia. Teutgodo, arzobispo de Tréveris, y Zacarías de Anagni, el legado prevaricador, fueron relevados de las censuras fulminadas contra ellos y admitidos á la comunión eclesiástica. Los amigos del papa anterior concibieron serias inquietudes. Anastasio el Bibliotecario ⁽¹⁾ escribia á su amigo el arzobispo de Viena: « Os anuncio una triste novedad. ¡ Ah! nuestro gran papa
» Nicolás I ha pasado á mejor vida el 13 de noviembre, y nos
» deja sumidos en el dolor. Los malvados, que tan enérgica-
» mente ha comprimido, trabajan abiertamente en destruir todo
» lo grande de su pontificado. Haced saber esto á todos los

(1) Llamado así por estar encargado de los archivos pontificales. En 869 asistió al octavo concilio general, celebrado en Constantinopla, cuyas actas tradujo al latin. Es autor del *Liber pontificalis* y de una Historia eclesiástica.

» obispos de las Galias, y haced por la Iglesia de Dios cuanto
 » os sugiera vuestro celo. Adriano, el nuevo papa, es de una
 » regularidad de costumbres ejemplar, mas no sabemos si
 » tendrá la activa energía de su antecesor. » El arzobispo de
 Viena, á quien se dirigia esta carta reservada, era el célebre
 Adon, que acababa de publicar su Martirologio romano, la
 obra mas estimable en este género por la sana crítica que la
 distingue. De concierto con los demás obispos de las Galias
 escribió al nuevo pontífice exhortándole á honrar la memoria
 de su antecesor y respetar sus actos.

15. Adriano II quiso hacer cesar las incertidumbres y pre-
 sentar su pontificado sin equívocos. Acostumbraban los papas
 á reunir en el palacio de Letran el viernes de la Septuagésima
 á todos los religiosos presentes en Roma. Se encontraban
 siempre entre ellos diputados que los diferentes príncipes
 enviaban para asistir á esta solemnidad en el año de 868.
 Adriano II dió á la fiesta un carácter mas augusto: quiso
 servir él mismo á todos los monjes, darles á lavar como el
 Salvador hacia con sus Apóstoles, y en fin sentarse á su misma
 mesa. Despues de la comida, el papa arrodillándose con toda
 la asamblea, dijo: « Roguemos, hermanos, por la Iglesia
 » católica, por nuestro cristianísimo hijo el emperador Luis;
 » y que Dios humille ante sus armas el orgullo de los Sarra-
 » cenos. Rogad tambien por mí, para que el Señor me dé
 » fuerzas para gobernar santamente su Iglesia. Como las ora-
 » ciones por los que han vivido bien deben de ser acciones de
 » gracias, yo os pido que agradezcáis á Dios de haber dado á
 » su Iglesia nuestro señor y llorado Padre el santísimo y orto-
 » doxísimo Nicolás para defenderla como otro Josué. » En
 este momento interrumpieron al pontífice unánimes aplausos:
 « ¡ Viva Adriano, nuestro padre y señor! exclamaron todos
 » los asistentes. ¡ Disípanse los injuriosos rumores! sea con-
 » fundida la envidia! ¡ Viva Adriano, elegido de Dios, sobe-
 » rano pontífice, y papa universal! » Haciendo señal con la
 mano para imponer silencio, el papa continuó con voz grave
 y fuerte: « ¡ Eterna memoria al santísimo y ortodoxísimo

» señor Nicolás, instituido por Dios soberano pontífice y papa
 » universal! ¡ Vida y gloria eterna al nuevo Elías! ¡ Salva-
 » cion eterna al nuevo Finees, digno del sacerdocio sem-
 » piterno! » No contento con esta manifestacion pública,
 Adriano II escribió á los obispos de las Galias diciendo: « Os
 » rogamos inscribais el nombre del papa Nicolás en los libros
 » y dípticos de vuestras iglesias. Os exhortamos tambien á
 » resistir vigorosamente á los príncipes ó clérigos que inten-
 » taren emprender algo contra su doctrina ó sus decretos,
 » porque no consentiremos ninguna tentativa de este género.
 » Sin embargo no es nuestro ánimo mostrarnos inflexibles con
 » los que imploren la misericordia de la Santa Sede despues
 » de condigna satisfaccion, con tal que no quieran justificarse
 » acusando á este gran papa que ahora está ante Dios, y á
 » quien nadie ha osado reprender durante su vida. » Y res-
 pondeiendo al arzobispo de Viena, decia: « Quiero mantener
 » los decretos de mi antecesor cual sostendré los míos propios.
 » Empero, no quiero privarme de usar de misericordia. Si las
 » circunstancias le han obligado á ser rígido, nada nos im-
 » pide el que diferentes coyunturas me aconsejen obrar de
 » otro modo. » — Toda la política de Adriano II está cifrada
 en estas palabras. Comprendió que para recoger los frutos del
 vigor de Nicolás era menester saber usar, en su caso y lugar,
 de indulgencia, y atraer por las sendas de la dulzura y manse-
 dumbre á los ánimos que hubiera enajenado para siempre el
 rigor continuado.

16. Lotario quiso aprovecharse de las disposiciones de
 Adriano II para tratar de volver á entrar en su comunión.
 Envió á Roma al obispo de Metz, Advencio, acompañado de su
 canceller. « Me he sometido, decia en una de las cartas de que
 » eran portadores, á la autoridad del papa Nicolás, ó mas bien
 » á la autoridad del príncipe de los Apóstoles, con una docili-
 » dad desconocida en mis predecesores. He seguido las amo-
 » nestaciones paternales, y las exhortaciones de sus legados
 » aun con detrimento de mi dignidad. No he cesado de suplicar
 » que me fuese permitido ir en persona á Roma para respon-

» der á las calumnias propagadas contra mi honor; pero
 » siempre me ha rehusado é impedido visitar la Santa Sede
 » apostólica, de la cual han sido protectores mis antepasados.»
 Lotario no se ocupó desde entonces sino de los medios propios
 á hacer este viaje segun se lo dictaba su pasion. Hizo que
 fuese antes que él Teutberga. Esta desventurada esposa, can-
 sada de luchar contra los malos tratamientos á que desde
 hacia diez años la condenaba su adúltero esposo, solicitaba
 la disolucion de un matrimonio que tantas lágrimas le habia
 costado. Solo pedia encerrarse por el resto de sus dias en un
 monasterio para olvidar al pié de los altares las amarguras del
 trono y los tormentos de su vida. Adriano II respondió que no
 podia acceder á su demanda; que todo lo que podia prometerle
 era juntar un concilio para deliberar con madurez acerca de una
 materia tan espinosa. Le intimó fuese á reunirse con Lotario; y
 al mismo tiempo escribió á este príncipe que tratase á Teut-
 berga como á su legítima esposa y le diese las abadías que le te-
 nia prometidas para que no escasease siquiera de lo necesario.

17. Lotario recibió á Teutberga para tener mas á su favor
 al sumo pontífice: por otra parte Waldrada pidió al papa abso-
 lucion del anatema fulminado contra ella por san Nicolás, é
 hizo mediador de este negocio al emperador Luis, quien ase-
 guró al soberano pontífice que esta mujer estaba arrepentida
 sinceramente. En virtud de este testimonio Adriano II escribió á
 Waldrada para relevarla de la excomunion, darle facultad para
 entrar en las iglesias, asistir á las oraciones y fiestas públicas
 y comunicar con los fieles. Pero le prohibió al mismo tiempo no
 tuviese ninguna especie de relaciones con Lotario. Creyó este
 llegado el momento oportuno de hacer su viaje á Italia, y se
 hizo acompañar de la emperatriz Engelberga, que debia de ser
 garantía de la sinceridad de sus promesas y arrepentimiento.
 Se verificó la entrevista del papa y del rey en el monasterio
 del Monte Casino, año 869. El solapado Lotario hizo todas las
 promesas propias para ganarse el corazon del pontífice, y ya
 se aplaudia del buen éxito de sus hipócritas protestas. Fué
 señalado dia para la solemne rehabilitacion y la ceremonia de

la comunion pública que deseaba recibir de la misma mano
 de Adriano para dar mas realce á su reconciliacion con la
 Iglesia. ¡Infeliz! No veia suspendida sobre su cabeza la espada
 de la divina justicia que iba á ejecutar en la persona de un
 príncipe adúltero uno de los mas terribles ejemplos del castigo
 de la comunion sacrilega! Al fin de la misa pontifical, que fué
 celebrada en presencia de todos los señores de la corte, de
 un clero numeroso y de inmenso gentío atraido por la ma-
 jestad del espectáculo, Adriano II, tomando en su mano el
 cuerpo de Jesucristo y volviéndose al rey, le dijo con voz alta
 y pausada: « Príncipe, si no sois reo del crimen de adulterio
 » despues que fuisteis amonestado por mi santo antecesor el
 » papa Nicolás, y si habeis tomado la firme resolucion de no
 » tener mas comercio de ningun género con Waldrada, acer-
 » caos con confianza y recibid el sacramento de vida eterna.
 » Pero si vuestra penitencia no es sincera, no tengais la teme-
 » ridad de recibir el cuerpo y sangre del Señor, y de acar-
 » rearos, profanándolos, vuestra propia condenacion.» Lotario
 debió sin duda conmovirse al oir estas palabras que le remor-
 dian en el fondo de su conciencia por lo horrible de su pasada
 vida y del nuevo pecado que iba á cometer. Mas estaba re-
 suuelto á una maldad, y la consumó: añadió el perjurio al
 sacrilegio; y mas bien que retirarse bajo cualquier pretexto
 loable, se precipitó en el abismo que se le mostraba abierto á
 sus piés. El papa, dirigiéndose entonces á los grandes que
 comulgaban con él, dijo á cada uno: « Si vos no habeis con-
 » tribuido ni consentido en los adulterios de vuestro amo con
 » Waldrada, y si no habeis comunicado con las demás perso-
 » nas anatematizadas por la Santa Sede, sea el cuerpo de Nues-
 » tro Señor Jesucristo prenda de vuestra eterna salvacion.»
 Atemorizados de las consecuencias de un sacrilegio, algunos,
 en corto número, se retiraron; los demás comulgaron á ejem-
 plo del rey. Lotario se esforzaba en sofocar los remordimien-
 tos que despedazaban á su corazon al pensar en tan terrible
 escena; y precipitó su viaje para Roma, únicamente ocupado
 del objeto de su ciega pasion que ansiaba volver á ver. Pero

le atacó repentinamente en Luca una enfermedad desconocida, cuyos extraños síntomas y efectos no se habían conocido jamás, y tuvo que detenerse. El cabello, las uñas y hasta la cutis se desprendían del cuerpo y caían á pedazos causando horribles dolores. Todos cuantos habían profanado con él el cuerpo del Señor fueron atacados del mismo mal y murieron á su vista : de este número fué Gonthier, indigno arzobispo de Colonia. Solo no tuvieron nada los que se habían retirado. Lotario II espiró en los mas atroces tormentos (año de 869) antes de haber dado señal de arrepentimiento. Teutberga lloró amargamente á este infiel esposo cual si jamás hubiera tenido la menor queja de él. Waldrada tomó el velo en la abadía de Remiremont : y dichosa ella si pudo borrar con lágrimas de sincera penitencia los desórdenes de su vida y el remordimiento de haber ocasionado quizás la pérdida eterna de una alma por sus artificios é impuras seducciones !

18. Los Estados de Lotario, muerto sin hijos, debían volver de derecho al emperador Luis, su hermano. Pero Carlos el Calvo, que no sabía defender su reino contra las incursiones de los Normandos, quiso aun codiciar y abarcar otro nuevo. Partió pues para la Lorena y se hizo proclamar rey en perjuicio de su sobrino y fué consagrado como tal por Hincmaro, arzobispo de Reims. Adriano II no podía sancionar semejante usurpacion : envió pues legados á Carlos el Calvo haciéndole ver enérgicamente los derechos del emperador Luis y la vileza de despojar á un príncipe cristiano, sobrino suyo, en tanto que este estaba ocupado en combatir á los Sarracenos de Italia, sacrificando así su vida por toda la cristiandad. El papa en esta ocasion hablaba en su nombre y con plenos poderes del emperador Luis. Con este motivo Hincmaro de Reims quiso oponerse de nuevo á la Santa Sede, faltando otra vez mas al respeto debido á la cabeza de la Iglesia. Carlos el Calvo se esforzó vanamente en hacer aprobar por el papa su usurpacion, que solo pudo sostener con la fuerza. Pero otros negocios aun mas esenciales á la paz de la Iglesia llamaron la atencion de Adriano II en el Oriente.

19. Los embajadores del emperador Basilio, enviados inmediatamente despues de la expulsion de Focio, no llegaron á Roma sino despues de la muerte de Nicolás I y el advenimiento de su sucesor, en el año 868. La noticia de que eran portadores era importantísima, y fué acogida por el nuevo papa con trasportes de júbilo. Adriano se apresuró á enviar á Constantinopla tres legados : Donato, obispo de Ostia ; Estéban, obispo de Nepi, y uno de los siete diáconos de la Iglesia romana llamado Marin. Estaban encargados de presentar cartas al emperador y á san Ignacio. Decia el papa al emperador Basilio : « Con indecible júbilo ha sabido el Occidente la expulsion de » Focio, acto sublime de vuestra imperial justicia. Respecto á » las medidas que hayan de tomarse con los demás cismáticos, cometemos su conocimiento á nuestros legados, que se » entenderán sobre ello con nuestro venerable hermano el patriarca Ignacio. Estamos dispuestos á usar de indulgencia » con ellos, excepto Focio, cuya ordenacion debe desecharse » absolutamente. Hemos aprobado la celebracion de un concilio ecuménico que presidirán nuestros legados, para juzgar » definitivamente á los culpables, condenar solemnemente las » actas del falso concilio de 866, atentatorias á la dignidad de » la Silla apostólica, y para suscribir á los decretos del concilio romano contra Focio. » El emperador, clero y pueblo de Constantinopla esperaban con impaciencia la llegada de los legados, que se verificó el 24 de setiembre de 868 con triunfal acogida, aclamaciones entusiastas del pueblo y alegría universal. El emperador Basilio los recibió acompañado de todos los grandes de la corona en el *salon dorado* del palacio. A su entrada, se levantó. Tomó las cartas pontificales y las besó humildemente. « La Iglesia de Constantinopla, dividida por la » ambicion de Focio, les dice, ha hallado ya en el santo papa » Nicolás un guia seguro y un tierno padre. Despues de su » muerte esperamos con todos los patriarcas del Oriente el » juicio y sentencia de la Iglesia romana, nuestra madre : por » lo cual os rogamos restablezcáis lo antes posible el orden y » union entre nosotros. » Los legados manifestaron su celo en

favorecer tan católicos deseos y se ocuparon inmediatamente de la convocacion del octavo concilio general, que se abrió en Constantinopla el 5 de octubre de 869.

20. El templo consagrado por el gran Constantino á la Sabiduría eterna y restablecido por Justiniano con tanto esplendor que lo ha hecho compararse al de Salomon, fué el asilo augusto donde el primado romano, en el centro mismo de la Grecia, tuvo su mas gloriosa defensa, su mayor triunfo. En el día señalado, los Padres del concilio, en número de ciento y nueve, tomaron puesto en sillas dispuestas en hemicírculo. La parte de la vera Cruz conservada en Constantinopla se puso de manifiesto con el libro de los Evangelios en medio de la asamblea: ocupaban el lugar de honor los tres legados del papa; tenían á su lado al valeroso y santo patriarca de Constantinopla Ignacio, cuyo júbilo le pagaba en tan gran día las persecuciones y suplicios pasados; iban en seguida los legados del patriarca de Antioquía y del de Jerusalem, y se habia señalado un sitio para el de Alejandría, que aun no habia llegado. Entraron en seguida los obispos que habian padecido destierro y tormentos en el reinado de Miguel III por causa de la fe católica. Cuando aquellos venerables ancianos, cubiertos de honrosas cicatrices, aparecieron en la basílica de Santa Sofía, la augusta asamblea se levantó toda entera para tributar homenaje á los mártires de la fe. Los legados romanos exclamaron: « ¡ Lleguen, lleguen en hora buena esos incomparables obispos, » cuya suerte envidiamos! ¡ Vengan á sentarse en sus rangos! Dignos son mas que todos nosotros. » Acogió una inmensa aclamacion á este justo testimonio tributado á los santos confesores. — Despues de la lectura del formulario de la fe, remitido por el papa Adriano II á los legados, se procedió á la rehabilitacion de los obispos y clérigos que habian comunicado con Focio á pesar de la prohibicion de la Santa Sede. Cada uno se presentó á su turno. « Hemos tenido la debilidad, decian todos ellos, de sucumbir á las violencias y amenazas de los cismáticos. Recurrimos á vuestra misericordia con humillado y contrito corazon, sometiéndonos á la penitencia

» que se digne imponernos el santo patriarca. — Os recibimos, respondian los legados, á la comunión de la Iglesia por » autoridad del papa Adriano, cuyos representantes somos, » y os admitimos á tomar parte en los trabajos del concilio. » Algunos obispos cismáticos se obstinaron en su extravío y se mostraron sordos á cuantas instancias se les hicieron. El emperador Basilio unió sus plegarias á las de la asamblea. « Si tanto temeis, les dijo, esta saludable confusion, » yo me humillaré yo mismo el primero para daros ejemplo. » Hollad con vuestros piés el cuerpo de vuestro emperador: » estoy dispuesto á hacerlo todo, á padecerlo todo por el restablecimiento de la paz y union de la Iglesia, y por la » salvacion de vuestras almas. » Estas nobles y generosas palabras no hicieron mella en corazones endurecidos, y el concilio pronunció anatema y excomunion contra los rebeldes. — Focio compareció de pié derecho en medio de sus jueces. « ¿ Pero es posible, decian los legados al verle, que » sea este hombre el que ha ultrajado á la Iglesia romana sin » interrupcion despues de siete años; el que ha asolado con el » cisma la iglesia de Constantinopla, y atestado al Oriente » todo con sus furores y venganzas? » Y en efecto, Focio parecia un hombre muy diferente de lo que era. No era entonces aquel ingenioso y elocuente sofista cuya palabra seducia y encantaba. Habia tomado otro carácter y hacia el papel de un justo perseguido. A todas cuantas cuestiones le dirigieron los legados solo dió dos respuestas: « Dios, que protege la inocencia, me oye sin necesidad de palabras. » Diciéndole que su silencio no le libraria de una condenacion, replicó: « Hasta » el silencio mismo, fué condenado en Jesucristo. » Se le señaló cierto espacio de tiempo para preparar su justificacion en caso que quisiera presentarla. Fué de nuevo citado y compareció en la segunda sesion del concilio; pero en esta ocasion cambió de sistema, y mudó el papel. So pretexto de aliviar su debilidad y achaques, entró apoyándose en un baston largo y encorvado en la punta harto semejante al báculo pastoral de los Orientales. Se le mandó deponer aquel emblema harto